

LA BIBLIOTECA COMO TRINCHERA DE RESISTENCIAS, MILITANCIAS, POLÍTICAS Y ESTANTES CON LIBROS

*Edgardo Civallo**

RESUMEN

Basándose en situaciones reales y dejando de lado un buen número de reticencias profesionales, este artículo define a la biblioteca como espacio de encuentros entre personas y conocimientos; como territorio en disputa por parte del sistema hegemónico; y como trinchera de militancias y compromisos no-partidistas y no-neutrales desde la cual hacer política, resistir, construir y, sobre todo, defender el valor de la biblioteca, precisamente como espacio de encuentros.

Palabras-clave: <Bibliotecología social><Bibliotecología crítica><Resistencia, militancia, política>

LIBRARY AS A TRENCH ON RESISTANCE, MILITANCY, POLITICS, AND BOOK SHELVES

SUMMARY

Based in real situations and putting aside any professional reluctance, this paper defines the library as a place of encounter between people and knowledge; as a territory in dispute; and as front of activism and non-partisan, non-neutral commitments to do politics, to resist, to build, and specially to defend the value of the library, precisely as a place of encounter.

Keywords: <Social librarianship><Critical librarianship><Resistance, militancy, politics>

* Licenciado en Bibliotecología y Documentación. Especializado en clasificación, bibliotecas y sociedades indígenas, tradición oral, historia del libro. Desarrolla una importante tarea de divulgación a través de libros y artículos digitales. edgardocivallo@gmail.com. <http://biblio-tecario.blogspot.com.es/>

Introducción

Lo que nos une es un gran “no” y muchos “sí” de tonos diversos.

Movimiento zapatista. Citado en Ouviaña (2007).

Muchos movimientos sociales y ciudadanos subordinan sus luchas y sus resistencias a la voluntad de un programa, un partido, un líder o un Estado. Al verse forzados a ajustarse a un modelo preestablecido de organización, de pensamiento y de acción (o inacción), terminan con su capacidad de desarrollo limitada y, con el tiempo, se ven empobrecidos y, en no pocos casos, cooptados, fagocitados o directamente eliminados.¹

Existen, sin embargo, fuertes corrientes de acción popular independientes, autónomas y desprovistas de todo signo partidista; en ocasiones, ni siquiera cuentan con una denominación o una membresía, ni hay en ellas una conciencia de “movimiento” o de “grupo”. Se trata de ciudadanos anónimos, parte de la sociedad civil, que coinciden en actuar de una forma determinada en defensa de unos principios y de unos derechos básicos.

Si bien su propia naturaleza los hace poco visibles o identificables, esos ciudadanos están ahí: en América Latina se encuentran trabajando en comedores sociales y bibliotecas populares, formando grupos de denuncia de trata de personas y de tráfico de drogas, participando en barrios y comunidades que se oponen al uso de agroquímicos o a la apertura de minas, o en grupos de lectura, bandas de sikuris, escuadras de acción poética, editoras cartoneras o teatros callejeros... Dentro de tales grupos no es necesario hacer referencia alguna a presidentes, dirigentes, fuerzas y partidos, corrientes y juventudes combativas, juegos a la izquierda o a la derecha, revoluciones, contrarrevoluciones, banderas, marchas, relatos, discursos, modelos y otros elementos que se han vuelto habituales, a lo largo de los últimos tres lustros, entre determinados movimientos socio-políticos, activistas y militantes latinoamericanos.

Y, aún así, esas corrientes ciudadanas son claros ejemplos de política. De resistencia. De militancia. De compromiso. Y de trinchera.

La realidad cotidiana demuestra que para hablar de todo eso –y para poner en práctica todo eso, o una parte al menos– no es necesario comulgar

con ningún credo político en particular, ni llevar a tal o cual líder tatuado en la piel o serigrafiado en la camiseta, ni pronunciar palabras grandilocuentes, ni leer unos libros, escuchar una música, sintonizar una cadena radial o recitar unos versos determinados. Conviene, sí, y hace falta, ser una persona consciente de la situación que atraviesa el mundo (el mundo pequeño, el mundo grande) y tener ideas suficientemente claras –y suficientemente justas– como para querer cambiar tal situación o, cuanto menos, para impedir su avance, su desarrollo, su ramificación...

Y para esto último cuentan menos los discursos, las declaraciones y los anuncios que las acciones que se despliegan a diario en las calles, las cocinas, las aulas, las fábricas o los parques, casi siempre desapercibidas e ignotas. A veces basta, incluso, con una pequeña y silenciosa decisión; otras, alcanza con un dignísimo “no”.

En los siguientes párrafos se apuntarán algunas ideas sobre las formas en las que se hace política desde esta perspectiva de base, cotidiana, anónima y totalmente apartidista. Tales ideas serán expuestas sin un solo atisbo de neutralidad, un mito que muchos esgrimen para evadir complicidades y responsabilidades, mirar para otro lado y lavarse las manos.² Reflejarán una posición ideológica bien definida, que apuesta por la justicia y la igualdad social en todos sus aspectos. Y harán referencia a un espacio en concreto: las bibliotecas [públicas] latinoamericanas en el más amplio sentido de la palabra. Bibliotecas reales, de todos los colores y todos los tamaños, con problemáticas urgentes que pocos describen y de las que aún menos se ocupan.

De bibliotecas

Las bibliotecas son un espacio de resistencia.
Occupy Wall Street Library (2011).

En este texto se entenderá “biblioteca” como cualquier espacio, físico o virtual, en el que una persona se encuentra, sin mediador alguno (pero con la ayuda de un grupo profesional, los bibliotecarios), con un fragmento de conocimiento.³ Ese fragmento puede estar contenido en un soporte físico –llámese libro, CD o como sea– o en algo menos palpable, como la memoria de un narrador. Y el encuentro puede producirse por muchísimos motivos, y

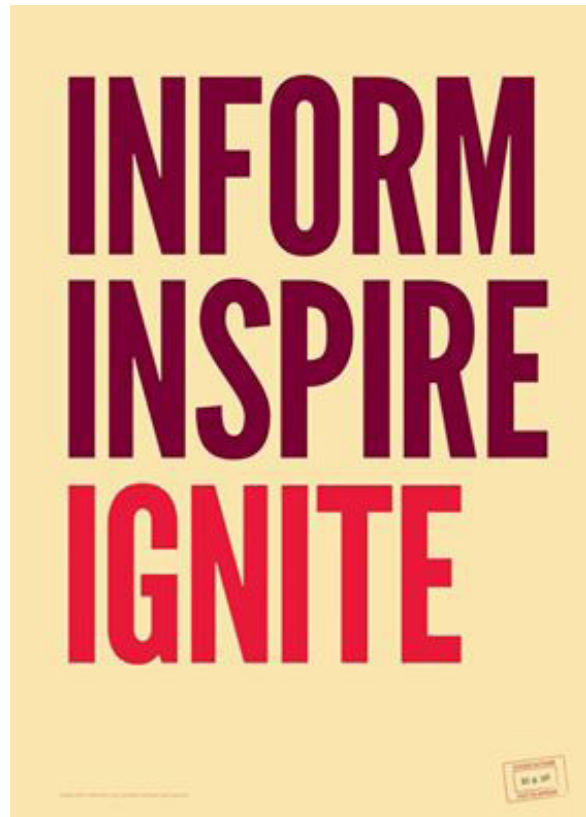
persiguiendo distintos fines: desde el aprendizaje o la capacitación hasta el puro y simple ocio.

Por consiguiente, no se considerará que una biblioteca sea una colección de libros, ni un edificio, ni unos lectores, ni un personal especializado, ni unas tecnologías en particular. Una biblioteca es el lugar en el cual se entrecruzan esos elementos, el punto en el que todos ellos se yuxtaponen.

Dado que esta conjunción puede producirse en cualquier parte, hubo, hay y habrá bibliotecas en lugares que, desde ciertas perspectivas, pueden resultar curiosos e inesperados. En una escuela suburbana, por ejemplo, entre estantes habitados por un puñado de manuales y cuentos. O en una comunidad campesina, a la cual las cajas de revistas y novelas llegan en avión o en canoa, tras varios días de viaje. O en el interior de un autobús, de un tren o de un barco. O en una cantina de cualquier pequeña localidad, con libros de todo tipo que saltan a las mesas desde mochilas y maletas. O en un patio en el que un anciano cuenta a una audiencia interesada las historias de los héroes del pasado y las guerras del presente. O en una universidad, alimentada por varias decenas de miles de volúmenes cuidadosamente catalogados y clasificados.

El encuentro de una persona –o de una comunidad, un conjunto de personas– con el conocimiento, pertenencia a su propia cultura o a otra distinta, es lo que permite que tal individuo o tal comunidad continúen, por decirlo de algún modo, floreciendo. No se habla aquí de desarrollo, de progreso y evolución: se dejará de lado cualquier aspecto utilitarista, cualquier abordaje cuantificador o cualquier análisis capitalista. Se apunta, simplemente, que el motor último que ha movido al ser humano a lo largo de su historia ha sido siempre el contacto continuo con sus saberes, con sus ideas, con sus muchas identidades, con sus costumbres y recuerdos, con sus descubrimientos... Y la biblioteca –asuma la forma que asuma– ha cumplido y sigue cumpliendo un rol central en esa relación, de ahí su importancia.

De esa importancia, precisamente, deriva su principal vulnerabilidad. Pues la biblioteca es un espacio codiciado, sobre el que los poderes de turno (económicos, institucionales, políticos, ideológicos) pretenden establecer un control lo más férreo posible, velado a veces, indisimulado



otras. Al poner las manos sobre el saber pasado, el conocimiento presente y la información futura, se controla el destino de una sociedad, se manejan *ad libitum* sus posibilidades, se cierran determinadas puertas y se abren algunas ventanas, se siegan las perturbaciones y los cambios apenas nacidos. Al mismo tiempo, para el capitalismo la información es uno de los bienes más rentables que existen, de forma que todas sus estrategias están dirigidas a controlar su producción, su distribución y su consumo, deshaciéndose de cualquier obstáculo que se interponga en su camino.

La biblioteca resulta, pues, un territorio en disputa. Y en esa contienda se despliegan distintas estrategias. El sistema hegemónico ha pretendido anularla como espacio público (asfixiándola al mermar sus recursos e imponiéndole lógicas de beneficio capitalista en sus políticas, misiones y funciones) y la ha mercantilizado, tergiversando sus objetivos, cosificando sus fondos y desvirtuando sus servicios. Al hacerlo pone en peligro la conexión entre la gente y el conocimiento, con todo lo que ello significa. Buena parte de los problemas a los que se enfrentan las bibliotecas actuales –no sólo las públicas, y no sólo en América Latina, aunque este texto haga referencia directa a ellas– tienen su origen en las presiones que se ejercen y en las decisiones que se toman desde distintas esferas de poder.

Ante semejante fuerza destructiva y teniendo en cuenta lo mucho que hay en juego, la respuesta inicial más lógica ha sido y sigue siendo la resistencia.

De resistencia

Aceptar un sistema injusto es cooperar con ese sistema.

Martin Luther King. *Strength to Love* (1963).

El embate del capitalismo neoliberal y sus poderes hegemónicos asociados está desguazando y privatizando numerosos sistemas públicos (salud, educación, transporte, servicios, información). En este escenario, se incrementa la presión que reciben las bibliotecas para mercantilizar sus productos y servicios y para alcanzar unos objetivos y unas condiciones cuyo incumplimiento acarrea un drástico recorte de recursos. No son pocos los sistemas bibliotecarios en América Latina que han visto unidades cerradas, presupuestos reducidos a mínimos y personal en la calle (una situación que no es exclusiva de ese continente, sino que está teniendo lugar a nivel internacional). Muchas otras unidades (escolares, comunitarias, públicas) ni siquiera están dentro de un sistema, y sufren una permanente escasez de medios.

Las condiciones bajo las que un alto porcentaje de bibliotecas latinoamericanas trabajan actualmente pueden calificarse cuanto menos de preocupantes. Y, sin embargo, continúan abriendo sus puertas y proporcionando todos los servicios que son capaces de dar, en un acto de autoorganización, desobediencia y resistencia activa no violenta.

En su último libro (2013), el filósofo británico Howard Caygill recomienda creer en la resistencia⁴ como en una de las únicas formas viables de vivir en el mundo moderno. Posicionados en situaciones injustas y/o de total desventaja, los individuos y grupos que resisten toman conciencia de su estado (realizando un análisis crítico, a veces inconsciente, del momento que atraviesan) y deciden rebelarse y desobedecer.

Esa rebelión y esa desobediencia no tienen porqué adoptar una expresión concreta; si bien ambos términos suelen asociarse con protestas, manifestaciones u ocupaciones de espacios públicos (y con otros tantos titulares en los que aparecen las frases “desobediencia civil” o

“declarada rebeldía”), en el día a día se traducen en una íntima y firme intención de no aceptar una realidad determinada sencillamente porque va en contra de los valores y las creencias propias, o porque es manifiestamente injusta, abusiva, arbitraria o ilegal.

Los resistentes buscan entonces alternativas viables para seguir caminando sin doblegarse, escenificando en su andar aquel verso de Claudio Rodríguez: “estamos en derrota, nunca en doma”. Habitualmente, el primer paso es informarse (un paso en el que las bibliotecas pueden jugar y juegan un rol muy importante) y el segundo, unirse con otras personas o grupos con posiciones similares y/o que enfrentan el mismo problema. De esta forma se va tejiendo un entramado de relaciones de ayuda mutua, de apoyos y de alianzas solidarias: a la postre, resistir no es más que adoptar una actitud de desafío –hecha pública o no– que pueda mantenerse en el tiempo, y esto último es más sencillo si se hace con otros.

Los resistentes van aprendiendo de su experiencia diaria y mejoran sus estrategias con cada uno de los errores cometidos. En ocasiones –y probablemente siguiendo lo escrito por algunos sociólogos y filósofos– se ha dicho que la resistencia es una posición “de alegría”, aunque tal aspecto no siempre está presente; en demasiadas ocasiones la resistencia es un acto silencioso y desesperado, y el que la lleva a cabo intenta pasar lo más desapercibido posible.

La resistencia adquiere innumerables formas en el ámbito bibliotecario. En América Latina los ejemplos son numerosos: redes digitales que comparten recursos bibliográficos obtenidos de bases de datos bajo llave; grupos solidarios que reúnen y trasladan libros y revistas de bibliotecas que no los necesitan a otras que sí lo necesitan; bibliotecas que prestan servicios desde domicilios particulares, con la ayuda desinteresada de toda su comunidad; servicios que involucran a todos los actores culturales y sociales disponibles; actividades de reencuadernación y reparación de libros para que el volumen de la colección no se reduzca; creación de libros “cartoneros” para aumentar esa colección; recaudación de fondos a través de espectáculos artísticos solidarios...

Realizar un inventario completo de experiencias y prácticas de resistencia bibliotecaria latinoamericana es una tarea que excede, en mucho, el alcance de este artículo: baste decir que

las soluciones son tan variadas como las personas que las imaginan y las llevan a la práctica.

Evidentemente, la resistencia existe dentro de las bibliotecas, pero los bibliotecarios también pueden llevar y apoyar las ideas y la praxis de resistencia fuera de sus muros.⁵

Si bien existen agrupaciones, asociaciones y movimientos bibliotecarios muy bien organizados, la mayor parte de estas acciones insumisas se realizan sin siglas, etiquetas ni altavoces; existe, sí, una conciencia clara de justicia y de derecho, que es lo que empuja y motiva todas estas formas de rebeldía. Tan activos son algunos de los defensores de estas causas y estas posiciones que se puede hablar de una verdadera militancia.

De militancia y compromiso

El bibliotecario debe ser militante antes de poder ser victorioso.

Melvil Dewey. *The Relation of the State to the Public Library* (1889).

Desde un punto de vista etimológico, el término “militante” está ligado a conflictos bélicos; quizás por ello se lo vincule hoy con la violencia e incluso con conceptos como radicalismo, extremismo y terrorismo. Sin embargo, el vocablo hace referencia *sensu lato* al apoyo vigoroso a una causa: una forma “combativa” de defender ideas que no duda en pasar a la confrontación cuando es necesario, algo perfectamente realizable sin ejercer ningún tipo de violencia.⁶

La militancia está íntimamente relacionada con el activismo (una forma de acción similar pero considerada/etiquetada como menos “explosiva” o “radical”) y se expresa a través de numerosos canales. Entre ellos, los más conocidos – probablemente por haber sido los que se han ganado una mayor visibilidad entre la ciudadanía y los medios de comunicación– son algunos tipos de encendidas protestas callejeras; sin embargo, no son ni de lejos los únicos, ni los que dan los mejores resultados.

El filósofo y activista estadounidense Stephen D'Arcy (2013) recuerda a Martin Luther King al señalar que la militancia y el activismo son las formas que tiene una sociedad marginada para recuperar su voz, hacerse escuchar y demostrar su rechazo a ser silenciada o ignorada. En efecto: activismo y militancia representan el paso de una

resistencia silenciosa a una posición en la que se pretende manifestar públicamente esa resistencia, criticar las reglas del juego impuestas y oponerse a ellas, e incluso contraatacar y tratar de darle la vuelta al tablero.

Un activista y un militante buscan denunciar esas condiciones, hacerles frente, combatirlos y, a ser posible, eliminarlos. Y para eso pasan a la acción directa (sin por ello dejar de resistir): una práctica que suele buscar ser bien visible, precisamente porque necesita llamar la atención sobre aquello que denuncia.

Estas formas de actuar, ciertamente llamativas, conviven con activismos y militancias igual de activos y eficientes, pero que podrían denominarse “micro”. Se trata de gestos mínimos a pequeña escala, a nivel de hogar, de escuela, de barrio o de pueblo. Son acciones que, como un goteo, se realizan día tras día poniendo en ellas un esfuerzo continuado, buscando contrarrestar determinadas situaciones, o crear espacios nuevos, o modificar algunas costumbres, mentalidades o actitudes.

En el caso de las bibliotecas,⁷ y aunque este hecho se reconozca pocas veces como tal, existe un innegable activismo –y, en no pocos casos, una abierta militancia– a favor de causas como la difusión de las destrezas y hábitos de lectura y escritura, la alfabetización (tradicional e informacional), el libre acceso a la información y al conocimiento, la ausencia de censura, el ocio vinculado a la cultura propia y a la universal, el fortalecimiento de identidades a través de la cultura, la eliminación de estereotipos y discriminaciones, y un “etcétera” demasiado largo y demasiado rico, que no cabe en estas líneas.

Tanto la resistencia como el activismo y la militancia giran en torno a la idea de compromiso. Compromiso como toma de conciencia de una situación determinada (social, cultural, económica, política), y como voluntad de respetar, defender y hacer cumplir unos valores, unas ideas y unas creencias. O, lo que es lo mismo, una ideología (entendida como el sistema de ideas y valores fundamentales que caracterizan el pensamiento y la acción de una persona o comunidad).

Por lo general, no se trata de cualquier ideología. Entre los activistas y militantes sociales hay una apuesta firme por principios como justicia (social

y ecológica), igualdad, solidaridad, inclusión,⁸ pluralismo, libertad, equidad y respeto. Todos ellos, términos que no son extraños ni ajenos a las bibliotecas latinoamericanas

Un individuo o un grupo, al comprometerse con una realidad, se involucran, de una forma o de otra, en su transformación. Y al hacerlo están superando la indiferencia y el individualismo y están luchando por una sociedad y un mundo más justos. Dado que estas luchas suelen ser muy largas y, en no pocas ocasiones, desgastadoras y duras, suelen desarrollarse desde el interior de una trinchera.

De trincheras

Aquellos que no se mueven, no notan sus cadenas.

Rosa Luxemburgo.

Estableciendo un paralelismo únicamente metafórico con ciertos espacios bélicos, una trinchera puede considerarse como un lugar de supervivencia y resistencia. Un pequeño rincón en el que los que luchan por una misma causa, los que comparten ideas y labores, los que viajan o pretenden viajar en la misma dirección, se cobijan, se apoyan, discuten estrategias y se organizan.

Son numerosos los espacios que pueden pensarse y entenderse como trincheras, tanto por el trabajo realizado en ellos como por las experiencias que acogen. La biblioteca es uno de tales espacios.

Aunque en líneas generales, y especialmente en América Latina, la teoría y los discursos oficiales presenten a la biblioteca como un terreno desactivado políticamente, en la práctica ésta

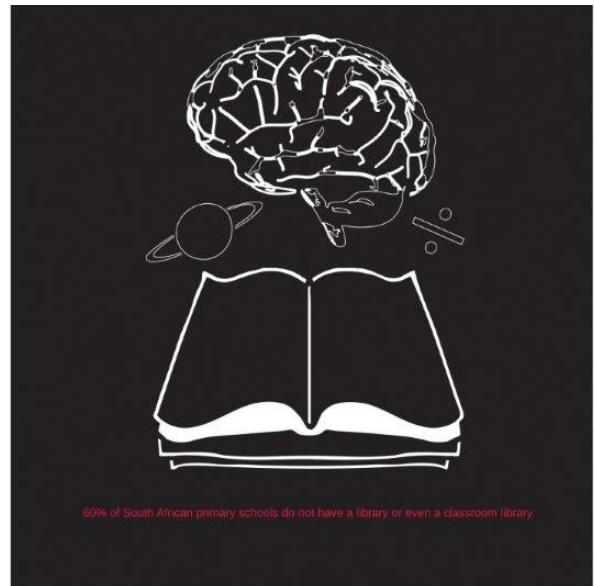
En definitiva: un lugar desde el cual hacer política.

Conclusión: de política

¿Cómo es que sabemos tan poco teniendo tanta información?

Noam Chomsky. *Knowledge of Language*, 1986.

En este texto se ha hablado de bibliotecas y de bibliotecarios que resisten y se movilizan; del aguante de condiciones adversas, de la oposición a esos vientos contrarios, de la búsqueda de caminos al costado del mundo para seguir andando a pesar de que el sistema no permita dar un solo paso, de ingenios aguzados y solidaridades avivadas para continuar adelante aunque sea de a poco. Algo habitual en América Latina: resistir, caer, levantarse, avanzar, resistir, volver a caer... Luchar, en definitiva.



demuestra ser todo lo contrario: un lugar de acumulación de fuerzas y saberes, un territorio de movilización, un espacio de intervención.

Pero también una trinchera en la cual la comunidad de usuarios encuentra –o debería encontrar– un lugar seguro, una referencia y un faro; un almacén de ideas y un depósito de armas para la lucha intelectual. Una trinchera protegida por la labor comprometida de los bibliotecarios, en la que se producen encuentros entre personas y conocimientos que pueden generar grandes o pequeñas reacciones en cadena; en la que se defiende el valor de un libro y de la lectura; en la que se dan las primeras claves para abordar el caleidoscopio de culturas encerrado entre páginas impresas; en la que se recogen las historias pasadas y presentes que hacen que una sociedad tenga la suma de identidades que tiene; en la que se defienden la libertad (de expresión, de acceso a la información), la equidad y la igualdad.

Se ha hablado de la militancia y de la apuesta firme de los bibliotecarios a favor de la lectura, la alfabetización, la identidad, el aprendizaje, la capacitación y un ocio vinculado a la cultura propia y a la universal. Una militancia cotidiana, de gestos pequeños, de esfuerzo continuado, de apuesta constante, de victorias diminutas que no lo son tanto cuando se las pone en contexto. Y un compromiso con unos valores, unas ideas y unas creencias –una ideología– en los que se pueda identificar claramente la apuesta firme por los principios de justicia, igualdad, solidaridad, pluralismo, libertad, equidad y respeto.

También se ha hablado de trincheras. Porque una biblioteca –sea como sea, esté donde esté– es mucho más que un depósito, un aula o un taller. La experiencia de trabajo y de lucha que tiene lugar entre sus estantes hace que se la pueda pensar y entender como una trinchera: un espacio en el que mantener ardiendo ciertos fuegos y reunidas a ciertas personas, y desde el cual resistir, planificar, construir y contraatacar.

Y se ha hablado de política. Porque todo lo que se ha mencionado hasta aquí no es otra cosa. Gente – bibliotecarios, lectores, aprendices y maestros– arrimando el hombro, caminando juntos, apuntalando futuros, y poniéndole cimientos a los castillos en el aire de toda una comunidad. Gente organizándose, cuidándose unos a otros, defendiendo sus derechos. Gente participando, deliberando, decidiendo. Es una de las definiciones de diccionario de “política”: “actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto, o de cualquier otro modo”.

En resumen: en este breve ensayo se ha hablado de bibliotecarios –anónimos o no– militando y haciendo política apartidista desde una trinchera.⁹ Por mucha incomodidad que semejante asociación de vocablos (“política” y “biblioteca”) provoque en ciertos sectores de la comunidad bibliotecaria. Porque es una realidad palpable en toda América Latina. Una que merece conocerse, difundirse y replicarse.

Notas

1. Cf. Adamovsky (2004) para indicaciones básicas sobre este punto desde una perspectiva anticapitalista. Existen numerosas referencias bibliográficas en torno a la cooptación (partidista, empresarial, etc.) de movimientos sociales en América Latina, tanto en documentos impresos como en medios digitales.
2. Para una selección bibliográfica sobre neutralidad bibliotecaria (y acerca de la posición del autor al respecto), vid. Civallero (2012b).
3. Para otras definiciones de “biblioteca” distintas de la habitual cf. Lankes (2014) y las propuestas en espacios y publicaciones como *In the Library with the Leadpipe* (<http://www.inthelibrarywiththeleadpipe.org/>) o *Journal of Radical Librarianship* (<http://journal.radicalibrarianship.org/>).
4. La resistencia es un tema poco estudiado dentro de las ciencias sociales. Vid. Vinthagen (2007) y García Canclini (2010) para una aproximación a la materia.
5. Vid. Iverson (1998/1999), Pateman y Vincent (2016) y Morrone (2014) para algunos ejemplos de resistencia bibliotecaria, dentro y fuera de las bibliotecas.
6. El significado del término “militancia” viene siendo debatido desde hace tiempo; cf. Nym Mayhall (2000).
7. Para ejemplos prácticos de activismo y militancia bibliotecarias, vid. Roberto y West (2003) y Samek (2008).
8. Acerca de la inclusión social y otros elementos en relación con la bibliotecología, vid. Civallero (2011).
9. En líneas generales, la idea de un rol político del bibliotecario ha sido rechazada de plano por buena parte de la comunidad bibliotecaria, argumentando que los profesionales de la información deben ser “neutrales”; la realidad, sin embargo, indica algo muy diferente. En relación a las múltiples relaciones entre la bibliotecología y la política (acción política, pensamiento político, compromiso político), vid. Civallero (2012a).

Bibliografía citada

- ADAMOVSKY, Ezequiel (2004). *Capitalismo para principiantes*. Buenos Aires: Era Naciente.
- CAYGILL, Howard (2013). *On Resistance: A Philosophy of Defiance*. Londres: Bloomsbury.

- CIVALLERO, Edgardo (2011). “El rol de la biblioteca en la inclusión social”. En *XIII Jornadas de Gestión de la Información de SEDIC (Asociación Española de Documentación e Información)*, Madrid (España). Obtenido el 27 de junio de 2016, de <http://www.academica.org/edgardo.civallero/51.pdf>
- CIVALLERO, Edgardo (2012a). Contra la ‘virtud’ de asentir está el ‘vicio’ de pensar: Reflexiones desde una bibliotecología crítica. Obtenido el 27 de junio de 2016, de <http://www.academica.org/edgardo.civallero/95.pdf>
- Civallero, Edgardo (2012b). Neutralidad bibliotecaria. Obtenido el 27 de junio de 2016, de <http://www.academica.org/edgardo.civallero/76.pdf>
- D'ARCY, Stephen (2013). *Languages of the Unheard. Why Militant Protest is Good for Democracy*. Toronto: Between the Lines Press.
- GARCÍA Canclini, Néstor (2010). ¿De qué hablamos cuando hablamos de resistencia? *Estudios Visuales*, 7, 16-37. Obtenido el 27 de junio de 2016, de http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num7/02_canclini.pdf
- IVERSON, Sandy (1998/1999). Librarianship and resistance. *Progressive Librarianship*, 15, 14-19 Obtenido el 27 de junio de 2016, de http://www.progressivelibrariansguild.org/PL_Jnl/pdf/PL15_1998_99.pdf
- LANKES, David (2014). Radical Conversations: Defining a Library. Obtenido el 27 de junio de 2016, de http://davidlankes.org/?page_id=6442
- MORRONE, Melissa (Ed.) (2014). *Informed Agitation: Library and Information Skills in Social Justice Movements and Beyond*. Sacramento: Library Juice Press.
- NYM MAYHALL, Laura (2000). “Defining Militancy: Radical Protest, the Constitutional Idiom, and Women’s Suffrage in Britain, 1908-1909” *Journal of British Studies*, 39(3), 340-371.
- OUVIÑA, Hernán (2007). *Zapatismo para principiantes*. Buenos Aires: Era Naciente.
- PATEMAN, John; Vincent, John (2016). *Public Libraries and Social Justice*. Londres: Routledge.
- ROBERTO, Katia; West, Jessamyn (Eds.) (2003). *Revolting Librarians Redux: Radical Librarians Speak Out*. Jefferson: McFarland & Co.
- SAMEK, Toni (2008). *Biblioteconomía y derechos humanos. Una guía para el siglo XXI*. Gijón: Trea.
- VINTHAGEN, Stellan (2007). Understanding “Resistance”: Exploring definitions, perspectives, forms and implications. Obtenido el 27 de junio de 2016, de <http://www.resistancestudies.org/files/VinthagenResistance.pdf>

Imágenes

Imagen 01. *Inform Inspire Ignite* (“Informa. Inspira. Enciende”). Póster de Sarah von der Luft. <http://www.coroflot.com/sarahvonderluft/acti-prop-poster-series>

Imagen 02. *60% of South African primary schools do not have a library or even a classroom library* (“El 60% de las escuelas primarias sudafricanas no tienen una biblioteca, ni siquiera una de clase”). Póster de Stefania Origgi. <https://stefaniaoriggi.wordpress.com/2008/09/>